


I Certamen Literario Escolar de Cuentos sobre el Agua



Cuentos ganadores



 #aguayletras

Síguenos en:



© de los textos: sus autores, 2013

© Emasesa Metropolitana, 2013

Contenido

Las aventuras de Gotita (1 ^{er} premio Certamen Escolar modalidad primaria)	4
El fin del agua (2 ^o premio Certamen Escolar modalidad primaria)	10
El poblado Inca (1 ^{er} premio Certamen Escolar modalidad secundaria)	18
Arena (2 ^o premio Certamen Escolar modalidad primaria)	21

Las aventuras de Gotita

Belén Rodríguez Salazar

Modalidad Primaria: Primer premio

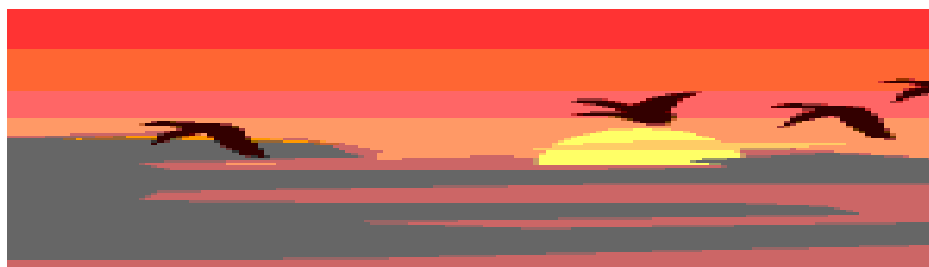
¡Hola! Soy Gotita. Ahora estoy con mis amigas en una fiesta en la playa de arena bailando el chucuchucu, que es el baile más popular entre las gotitas de agua de mar. Nos encanta este baile porque es muy fácil de bailar. Os enseño, ¿queréis? Un pasito hacia adelante (marea alta), un pasito hacia atrás (marea baja), un pasito hacia adelante (que viene la olita) un pasito hacia atrás (la olita se va). Además de divertido este baile tiene tanto éxito porque tiene varios ritmos, el chucuchucu Jazz (bandera verde, olitas tranquilas) el chucuchucu pop—rock (bandera amarilla, olitas divertidas) y el rock duro (bandera roja, locura total!!!)



Os voy a contar mis experiencias, que justo empezaron un día de magnífico sol cuando estaba en mi casa, que es el mar, bailando muy divertida como ya os he dicho el chucuchucu. De repente me sentí muy rara y empecé a elevarme y a alejarme del suelo. Al principio creí que era mareo de tanto bailar, pero cada vez estaba más lejos del suelo y más cerca del cielo, cuando me miré a mi misma lo descubrí... ¡Me había convertido en vapor!



Como no sabía muy bien qué hacer me dejé llevar, pero de repente, un poco antes de llegar a las nubes, pasaron volando unos flamencos que emigraban y ¡Me quedé enganchada al ala de uno de ellos! Estaba muy nerviosa y asustada porque no me podía soltar, pero en uno de los aleteos por fin conseguí soltarme ¡Menos mal, porque si no vete a saber donde me hubieran llevado!



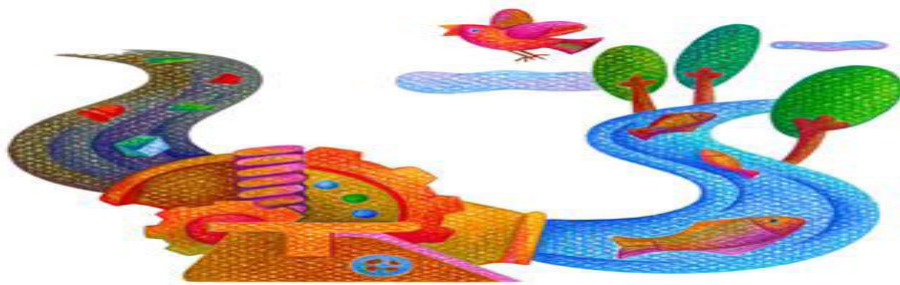
Cuando me solté seguí subiendo hacia las nubes, a la que iba a llegar tenía forma de perrito, ¡qué mono! Después de unos días allí arriba admirando las vistas, me sentí otra vez rara, me miré y otra vez había cambiado de forma ¡No puede ser! ¡Ahora era un copo de nieve! En ese mismo momento se abrió un agujero bajo mis pies y empecé a caer girando y girando hasta que acabé toda mareada en un glaciar. No imagináis el frío que hacía. Menos mal que volvió mi amigo el sol y empezó a calentarnos, cuando empezamos a derretirnos todas gritaban nerviosas:

—“¡allá vamos, que vamos!



Yo no sabía a dónde íbamos pero me dejé llevar, al principio, caímos por la ladera de una montaña pasando entre los árboles hasta que llegamos a un río, era muy divertido porque a veces íbamos muy tranquilos y después muy rápido... todo iba muy bien hasta que de repente me encontré con una pared de hormigón (muy fea).

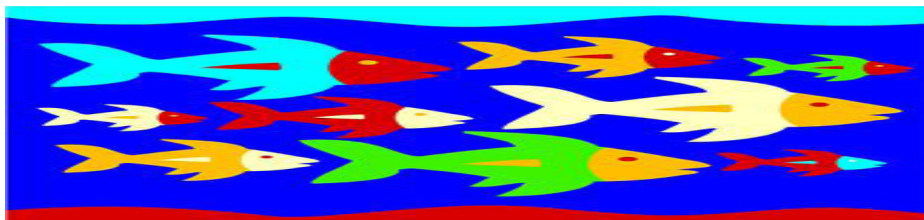
Una fuerza extraña nos empujaba hacia un tubo. Iba a toda máquina ¡Qué divertido! Hasta que me encontré con otra pared que de nuevo me impedía seguir. Allí estuve un buen rato, toda aburrída, hasta que escuché como alguien pulsaba un botón, en ese momento la pared se levantó y empecé de nuevo a caer girando como si formara un remolino pero esta vez no estaba sola, iba acompañada de un líquido amarillo, que no olía nada bien ¿Qué sería eso? Llegamos a unas máquinas que empezaron a limpiarme ¡Cómo si yo estuviera sucia! He oído hablar a otras gotitas de estas máquinas, creo que se llaman depuradoras y limpian toda el agua que les llega.



Cuando terminaron de limpiarme, me volvieron a soltar a un río. ¡Al fin! ¡Qué a gusto! Pero cuando ya creía que todo iba a ser más tranquilo unos peces aparecieron, pero lo raro era que iban en sentido contrario a la corriente y yo les gritaba:

—Apartaos ¡¡¡qué vais en sentido contrario!!!

Pero nada, no me hacían ni caso y me dieron un montón de golpes.



Después de horas y horas llegué a mi casa, ¡al fin! otra vez en el mar y para relajarme después de tantas emociones, mis amigas y yo bailamos, el chucuchucu un pasito hacia delante (marea alta), un pasito hacia detrás (marea baja), un pasito hacia delante (viene la olita) un pasito hacia detrás (la olita se va).

Éstas fueron mis aventuras que espero os hayan gustado y que os hayan divertido.

Nos vemos en la playa,



¡ADIÓS AMIGOS!

El fin del agua

Rocío Domínguez Alcántara

Modalidad Primaria: Segundo premio

Descripciones



Natasha: Es la guardiana de agua (por eso es capaz de comunicarse con todos los seres de agua y se lleva tan bien con ellos; aparte puede hablar y respirar bajo agua) , tiene 17 años, adora el aire libre y el deporte, es una chica muy alegre de un pueblo cerca del mar. Es genial en los deportes (mejor dicho la mejor deportista del mundo) además corre a la velocidad del viento, su color favorito es el naranja. Aparte del aire libre y el deporte lo que más ama es el mar, ella nunca comería pescado ni aunque le costara la vida. Casi siempre esta con un monopatín, un patín o con unos patines (a no ser que esté en el agua) de transporte y nunca la ven coger estos vehículos siempre le preguntan ¿cuanto tiempo llevas con el vehículo?! Pero ella dice siempre lo mismo “Lo llevaba todo este tiempo”. Natasha tiene amigos como Susi (una amiga suya de otro pueblo y desde que se mudó no la ha visto hará más de 7 años) y Miriam una chica de su mismo pueblo.

Miriam: Es la guardiana de viento y corre a la velocidad del viento (gracias a sus poderes) además



de entender lo que dicen las aves y de llevarse bien con los

seres de viento, ella tiene 20 años. Es muy seria y algo borde, pero aun así Natasha la considera una amiga y es que para Miriam Natasha es una hermana pequeña. Ella fue quien entrenó un poco a Natasha para que controlara mejor sus poderes, llamaba a Natasha a las 5:00 de la mañana y la ponía a correr hasta alcanzar su velocidad, por eso Natasha es capaz de correr a semejante velocidad, no tiene color favorito pero ella prefiere el blanco por que le recuerda a... nada, algo que le gusta y lo que más odia son los humanos, y es que piensa que destruyen la naturaleza y son unos avariciosos que no saben hacer nada, no para de decírselo a Natasha, pero ella la ignora, pues viniendo de una chica tan exigente para todo ¿Cómo puede ser verdad?



Tafudy: Es un pez payaso de un hermoso color naranja, es la “mascota” de Natasha (Es lo que dice Natasha para no decir que es su amigo y la tomen por loca, porque si no les tendría que decir que es la guardiana de agua por lo que incumpliría la regla número 1 y la tomarían otra vez por loca).A parte de eso

Natasha le salvó la vida y desde entonces se han vuelto unos muy buenos amigos.

Pulpoide: Es un pulpo gigante (pero no para llegar a ser un kraken), es malo y no tiene nombre así que le llaman Pulpoide.

Hola soy Natasha seguramente ya me conocéis por la descripción anterior, y bueno volviendo al tema me gustaría contaros una aventura que tuve en el agua por que en verdad tiene mucha relación, así atentos y a escuchar. Era un día de primavera y como todas las mañanas me fui a escuchar el relajante y hermoso sonido del mar, casi nunca se escuchaba ningún ruido todo era tranquilidad y serenidad excepto aquel día. Me senté en una roca y contemplé las olas.

—¡Que relajante es esto!—exclamé yo.



Me fijé un poco en el mar cuando vi que no había apenas agua yo me extrañé pero pensé que era la marea que bajó por la noche.

—¡Socorro!—suplicaba una voz misteriosa procedente del agua.

Yo mire al agua cuando vi un pez que necesitaba ayuda.

—¿Qué pasa?!—pregunté asustada.

—Están acabando con el agu...—dijo el pez sin poder terminar, ya que una misteriosa fuerza le estaba absorbiendo.

Yo me tire al agua y fui nadando hasta alcanzar al pez, me acerqué un poco y le cogí de la aleta luchando para que la esa misteriosa fuerza no se lo llevara.

—¡Au!—se quejaba el pez.

—Lo siento—me disculpaba yo.

Tiré un poco más y el pez se liberó de la fuerza misteriosa.

—Gracias—dijo el pez.

—De nada—dije yo.

Me fijé en el pez, era un pez payaso de un naranja precioso.

—Soy Tafudy—dijo el pez.

—Yo Natasha—dije alegremente.

—Ya, eres la guardiana de agua—dijo Tafudy—aparte de que todos lo peces lo saben, está claro porque te comunicas con todas las criaturas del agua y respiras y hablas bajo el agua.

—Si porque si no sería raro—dije yo—por cierto ¿Qué era esa fuerza misteriosa?

—No lo se—dijo Tafudy—pero si que sé que está atrapando a todos los peces y van a acabar con el agua por que en todos los océanos, mares, ríos, lagunas y lagos estamos siendo atrapados.

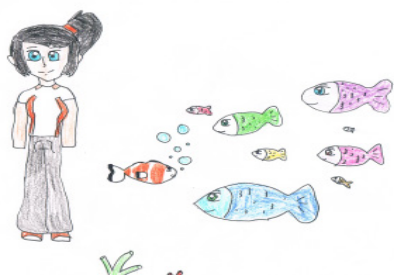
—¿Por qué?—pregunté.

—Ni idea—dijo Tafudy—te quería pedir otra cosa...¡ah sí! grita con todas tus fuerzas “ayuda”.

—Vale—dijo yo—¡¡¡AYUDA!!! ¿Así?

—Si—dijo Tafudy.

De repente aparecieron unos 8 peces unos eran enormes otros pequeños.



—¿Qué pasa?! ¿Otro pez atrapado?!—dijo el pez más grande.

—No—dijo Tafudy—es para deciros que ya ha llegado la guardiana de agua.

En cuanto terminó de hablar Tafudy se escucharon unos murmullos.

—¿Dónde?—preguntó uno de color azul.

A mí ese pez me recordó a Susi, una buena amiga que hace muchos años que no la veo. Cuando me di cuenta Tafudy giro la cabeza señalándome.

—¿Entonces por que tiene pies en vez de aletas?—dijo un pez rojo.

—Oh, yo puedo responder a tu pregunta—dijo Tafudy—¿Por que no es una sirena ni una nereida!

—Ah, sí, tengo cerebro de pez—dijo el pez rojo.

Yo me reí un poco.

—Bueno volviendo al tema—dijo Tafudy—que ella nos va a ayudar

¿Lo entendéis?

Todos asintieron.

—¿Y que pasa si todos los peces somos capturados?—dijo el pez rojo.

—Pues que el agua desaparece—dijo Tafudy—¿como es posible que no lo sepas?

—No se—dijo el pez rojo.

—¡Claro! por eso en la playa no había mucha agua—dijo yo.

Tafudy asintió.

—Esto... yo se algo nuevo—dijo un pez blanco.

—Por favor dímelo a mi o mejor dicho a todos—dijo Tafudy.

—Esa fuerza misteriosa está creada por una máquina—dijo el pez

blanco—y ha sido creada por el ser humano.

Yo me quedé de piedra pues todos los seres humanos que conozco son muy amables, puede de que Miriam tuviera razón sobre ellos, no paraba de darme vueltas a la cabeza.

—Esto...Natasha ¿Estás bien?—preguntó Tafudy.

—Si —le respondí yo.

—Vale pues bueno que iba a decir...¡Ah si!¿Como lo sabes?—preguntó Tafudy.

—Lo vi—dijo el pez blanco.

Yo me puse nerviosa, puede que los humanos coman pescado pero nunca harían eso por que hay muchos humanos que adoran el agua y el mar.

—¿Y donde lo viste?—pregunté yo.

—En la cueva del oso—me respondió.

—Ahora vuelvo—dije yo mientras me alejaba.

—Espera—dijo Tafudy.

Cuando me alejé unos 4 metros empezó a perseguirme pues él creía que me pararía y volvería hasta donde estaban ellos.

—¿Que haces?—dijo Tafudy.

—Voy a ir a la cueva del oso—dije con una sonrisa.

—¡Ya de paso se más alegre!—dijo Tafudy—además ¿Sabes por qué se llama la cueva del oso?

—No—dije yo.

—¿Y al menos sabes dónde está?—me preguntó.

Yo me par.

—Pues no—respondí.

Tafudy se puso la aleta en la cara.

—Se llama “La cueva del oso” por una cosa. Mira, para cada elemento hay una ciudad, pero también hay un oso que vigila la entrada, y en todas las ciudades la cueva se llama así, todos se creen que es una leyenda—me respondió.

—Guau—dije yo.

—Pero sabes te voy a ayudar—dijo Tafudy.

—Gracias—dije yo sonriendo.

Me cogió de la mano (cosa que le costó lo suyo por que con unas aletas tan pequeñas como las tuyas no podía cogerme bien)y nadando me

llevo enfrente de la cueva.

—¡Alto!—gritó un oso.

—¿Como puede respirar y hablar debajo del agua si es un oso?— pregunté a Tafudy.

—Es mágico—me dijo.

—Disculpa pero soy la guardiana de agua y me gustaría ayudar a los pe... —dije yo.

—¡Ya sé que eres la guardiana de agua! pero aquí no puede entrar nadie ni nada sin la llave o al menos sin derrotarme—dijo el oso.

—Vale—dije yo—¡Agua!

Al terminar de hablar me transformé.

—¡Chorro de agua!—grité.

Disparé un chorro de agua y se cayó, pero en un abrir y cerrar de ojos volvió a levantarse,

Empezó a atacarnos a mi y a Tafudy, cuando vi a Miriam con un traje de buzo.

—¡Miriam, necesitamos tu ayuda!—grité yo.

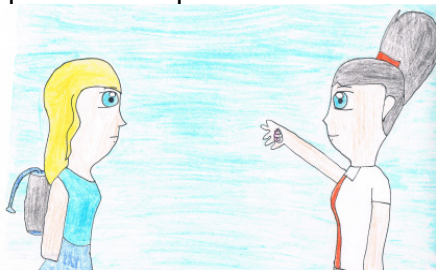
Miriam se puso la mano en la frente.

—Tu tu tu tu tu (¡Viento!)—dijo Miriam.

Miriam se transformó y señaló hacia arriba con la mano diciendo “vamos al exterior”. Subimos a la superficie y Miriam se quitó la boquilla de buceo de la boca.

—Natasha, usa tu chorro de agua—dijo Miriam.

—Vale,—dije yo—pero espera. Toma y sopla en esta caracola y podrás hablar y respirar bajo el agua durante 15 minutos aparte de entender lo que dicen los peces.



—Gracias—dijo Miriam.

—De nada—dije yo.

Cogió la caracola y sopló.

—¿Qué vas ha hacer con el equipo de buceo?—pregunté.

—Me lo dejaré puesto—me respondió Miriam.

Bajamos hasta el fondo, donde nos encontramos con el oso.

—Muy buena la caracola—me dijo Miriam.

—¿Verdad?—dije yo sonriendo—bueno ahora voy a seguir ¡Chorro de agua!

—¡Tornado potente!—gritó Miriam.

Y mi chorro de agua y su tornado se unieron volviéndose un único ataque (un tornado de agua) que hizo que el oso se quedara frito (dormido) y nos destransformamos. Miriam, Tafudy y yo nos dirigimos a la cueva donde vimos a un... ¡pulpo!

—Menos mal que era un humano—dije yo con una risita.

—Ya, pero es que no han visto un humano en su vida, y aunque no lo parezca tampoco un pulpo—dijo Tafudy.

—¡Sabia que no eran lo humanos!—dije yo.

Nosotros nos acercamos pero el pulpo se dio media vuelta (180°).

—¡Como habéis entrado en mi ciudad!—dijo el pulpo.

—Esta no es tu ciudad—dijo Tafudy.

El pulpo le dio con el tentáculo a Tafudy y le lanzó, suerte que le cogí de la aleta y no llegó al quinto pinto.

—Oye, ¿cuanto tiempo ha pasado desde que sople la caracola?—me preguntó Miriam.

—Unos... ¡14 minutos!—dije yo.

Giré la cabeza y vi una palanca en la que ponía “Palanca para vaciar el agua”, estuve a punto de bajarla cuando pensé en todos los habitantes, porque ahí estaban todo tipo de criaturas que viven en el agua , y como bajara la palanca morirían.

—¿Qué hago?—pregunté.

—Siempre puedo soplar la caracola—dijo Miriam.

—Upps se me olvidó—dije yo.

Miriam sopló la caracola.

—¿Por cierto, cómo te llamas?—pregunté yo.

—Pues no tengo nombre, así que me llaman Pulpoide—dijo el pulpo.

—Qué original—dijo Miriam sarcástica—no se parece nada a pulpo.

—¡Chorro de agua!—grité yo.

—¡Remolino!—gritó Miriam

Nuestros ataques se unieron (otra vez) pero esta vez formando un remolino que hizo un agujero por donde Pulpoide se quedó atrapado. Nadamos lo más rápido que pudimos hasta encontrar un montón de peces que estaban en unas jaulas, las abrimos y fueron libres.

—Así me gusta más, que estén en libertad—dije yo sonriendo.

—Gracias por todo Natasha y a ti también, Miriam.—dijo Tafudy.

—Cuando necesites algo llámame por esta caracola, Natasha—dijo Tafudy.

—Hay caracolas para todos—dijo Miriam.

—Creo que hay unas... 23—dije yo.

—Me va a dar algo—dijo Miriam—una caracola vale, pero 23...

Yo me reí.

—Bueno vamos arriba—dijo Miriam.

—Sí—dije yo.

Nosotras volvimos a casa, cuando nos dimos cuenta de que había muchísima más agua que antes.

—Sí que ha subido la marea desde que me metí—dijo Miriam.

—Es por los peces, si no hubiera peces en todo el mundo no habría agua—dije yo.

—¡En serio!—dijo Miriam con los ojos como platos—no voy a comer pescado en una buena temporada.

Yo me reí y bueno eso era todo, espero que os haya gustado mi aventura así que ¡adiós!

El poblado Inca

Marina Titos Muñoz

Modalidad Secundaria: Primer premio

Allá por el siglo XIV, en el oeste del océano Pacífico, yacía una isla. Arena blanca rodeada por agua turquesa repleta de peces y corales, clima tropical, fauna y flora selvática por doquier y un gran poblado inca oculto entre hojas de palmera constituían aquel paraíso. Si alguien se adentrara en la selva, encontraría dicho poblado. Estaba rodeado por grandes pirámides que formaban una muralla; en su interior, una gran variedad de pequeños edificios que eran adornados por el colorido paisaje, cantidad de exóticas fuentes emanaban el agua procedente de un cristalino lago y al fondo, en la cima de una colina, presidía el gran templo inca. Allí vivía el emperador con su familia.

Resulta que, unos años atrás, el viejo inca falleció y dejó el título al mayor de sus mellizos. Pasó el tiempo y los habitantes aclamaban al joven, y este ganó gran poderío y muchas riquezas; pero desconocía el gran rencor que le guardaba su hermano menor...

Un día, el hermano pequeño, ciego de rabia, decidió dividir el poblado en dos usando como frontera un río. Estaba consumido por el ansia de poder y cada vez deseaba más y más superar a su hermano. Cada mañana, desde la ventana de su templo, observaba con odio cómo el poblado vecino era feliz y prosperaba fácilmente y el suyo no. Tras darle muchas vueltas, acudió al hechicero y le pidió que la base de aquel poblado desapareciera para que el suyo fuera más rico y poderoso.

A la mañana siguiente, el Sol brillaba como nunca. El calor era abrasador, jamás hizo tanto bochorno en la isla. Acostumbrados al clima tropical y a la inmensidad de precipitaciones que este traía consigo, los ilusionados niños salieron a jugar por las calles. Pero día tras día el tiempo siguió similar. Ni una mísera gota de agua. El paisaje paradisiaco se estaba volviendo desértico.

Ya hacía dos meses que no llovía y, como cada mañana, el hermano del emperador observaba jocosamente, a la vez que con odio y desprecio, cómo el poblado vecino sufría la sequía que él mismo había invocado. En efecto, la clave del éxito de aquel poblado era el agua. Sin ella, no habría tanta vegetación, que era la base del alimento; tampoco

existiría el hermoso paisaje y los animales desaparecerían, al igual que las personas, que se marchitarían cual las propias plantas. Pero el odio que el rencoroso inca sentía hacia su hermano no le permitía ver que sin agua no perdurarían mucho tiempo...

Pasaron cuatro meses, y la tierra isleña lucía cada vez más dura y agrietada, como una roca. Las antes fértiles plantaciones se volvieron estériles. Las flores lucían cada vez más secas. Pero lo peor estaba por llegar: el agua que fluía por el río fronterizo empezaba a escasear y el inca, que todos los días observaba cómo el poblado decaía, comenzó a darse cuenta de que, al secarse el río, las consecuencias también las sufriría su pueblo y cada vez más se arrepentía de la petición que le hizo al hechicero.

Decidió, pues, acudir nuevamente al él para anular el conjuro, pero el hechicero le contestó que, al tratarse de un artificio provocado con malas intenciones, costaría mucho deshacerlo y que, mientras, debería buscar una manera de aprovechar el agua que quedara. Así pues, el emperador, cabizbajo, se dirigió hacia su templo a meditar. Por el camino, se topó con el escaso riachuelo y se detuvo con curiosidad, por ver si encontraba una solución. Atentamente, observó cómo fluía cada gota de agua formando una corriente continua y se percató de que esta fluía por una de las grietas de la tierra y llegaba rápidamente al final. Tuvo una idea.

Tras pensarlo varias veces, se dio cuenta de que era necesario, antes que nada, alcanzar la paz con su hermano mayor. Acudió al templo rival y, cada vez más apenado, se lamentó por el daño que había provocado. El agua era indispensable, no podía hacerla desaparecer. Con inseguridad, subió las escaleras hasta llegar al altar donde estaba su tan odiado hermano. Ambos se miraron fijamente y se fundieron sin articular palabra en un abrazo, se echaban de menos. Tras pedirse perdón unificaron el poblado en uno, como antes, y pusieron en práctica el proyecto, en cuya construcción participaron los soldados y esclavos incas

Ahora, aprovechaban también el agua del lago; usaban el agua del océano para lavar a los animales y para realizar tareas en las que no hiciera falta que el agua fuera potable, ahorrando así la mayor cantidad posible del líquido esencial. Y pasaron los días y el poblado recuperó

poco a poco su felicidad, que se hizo mayor cuando volvió a llover. Todo volvía a ser perfecto, pero ahora aún más. Gracias a los canales que había ordenado hacer el inca, ahora aprovecharían el agua de la lluvia y del río y la podrían almacenar para la próxima sequía.

El poblado se volvió más próspero que nunca y fraterno, ya que al perdonarse los dos hermanos, decidieron reinar juntos.

Arena

Juan Sánchez

Modalidad Secundaria: Segundo premio

No había amanecido cuando dos piececitos removieron la arena nigeriana, ni había amanecido cuando dos lágrimas bañaron sus granos. Su tristeza aumentaba al son de la oscuridad, aunque débiles hojas de luz empezaban por fin a acompañar a un fino gajo de luna entre miles de puntos luminosos. ¿Podría ser una metáfora de su vida? ¿Podría haber esperanza al final de su camino angosto, estrecho y doloroso? Desesperanzado y con marrones canicas aguadas en lugar de ojos, volvió a dirigir la mirada al frente, colocó la vasija sobre su cabeza y frunció el ceño. Debía, ¡no!, tenía que ser fuerte. Sin embargo, una debilidad infantil le destrozaba por dentro.

Notaba sus consumidos cuádriceps contraerse y extenderse, una y otra vez. Intentaba alejar de su mente sus pesares, de su piel el frío, de su alma el miedo. Pero no era más que un niño, un niño inocente y sencillo que simplemente nació en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Tendría que sufrir así siempre?, se preguntaba, mientras un suspiro que desentrañaba un sentimiento cruzaba en forma de vaho la gélida noche de un mundo sin luz. Porque este mundo se apagó, y quién sabe si volverá a encenderse algún día. Pero lo único seguro por ahora es que un niño escuálido, seco, malnutrido, sin vida en su cuerpo y sin luz en sus ojos, al que ni siquiera dieron la oportunidad de vivir mejor, o al menos simplemente vivir, irá todos los días a por algo de agua con una vasija en la cabeza y miles de dolorosos sufrimientos a sus espaldas.

Las extremidades le empezaron a doler, y sus hombros, cargados con el peso del recipiente y el cansancio, desfallecían. “Todo era dolor allí, todo era sufrimiento”, pensaba. Sacudió la cabeza. “No”, se dijo. Debía alejar de su cabeza esos fúnebres pensamientos, porque tenía que ser fuerte. Tenía que conseguirlo. Por él. Por su familia. Por su querida madre. Por su hermanito Samuel. Una breve sonrisa cruzó su cara mientras caminaba lentamente al recordar al benjamín de la familia. Tenía cinco años, y sin embargo era tan alegre, tan efusivo, tan jovial, con esa imaginación tan propia de los niños, con ese reír tan infantil

que lo caracterizaba. A él le debía la diversión, las conversaciones en la noche, los secretos inconfesables. Y lo quería. Lo quería tanto, que no soportaba tener que despedirse de él todas las agotadoras mañanas. “Si le hubiera tenido que tocar a alguien vivir así, sería solo a mí, no a un pequeño chiquillo de mirada dulce y sonrisa encantadora. A mí. Solo a mí”, pensaba, entre enfurecido e impotente.

La rabia le invadió el cuerpo, y preso de su ira le propinó una severa patada a la arena. Grave error, pues irremediablemente perdió el equilibrio, y su cuerpecillo de diez años fue a parar aparatosamente al suelo, si así se le podía llamar a una infinita masa de arena, mientras el recipiente se precipitaba hacia abajo. Por un momento el miedo lo paralizó. Rápidamente se arrastró hacia la vasija. “Que no se haya roto, que no se haya roto”, imploraba desesperadamente. Si se había roto, no podría llenarlo del preciado tesoro líquido. Si se había roto, habría perdido todo el camino andado. Si se había roto, él estaba perdido.

Pero afortunadamente no le había pasado nada, ni un rasguño. No había caído con la suficiente fuerza, y la arena lo había amortiguado. Qué ironía. La arena simbolizaba su destrozada vida, y sin embargo lo había salvado. En fin, cosas de la vida. El muchacho se volvió a levantar, aunque dificultosamente por el agarrotamiento de su cuerpo, se sacudió los granos de arena que se habían adherido a su piel y prosiguió su camino. Aún le quedaba un largo, larguísimo trecho.

El cansancio. El cansancio era algo que se podía convertir en tu peor enemigo, y eso lo sabía él muy bien. Luchaba por cada paso, cada movimiento que sus músculos soportaban, pero empezaba a comprender que no le quedaban fuerzas. “¿Cuánto quedará para llegar?”— se preguntaba. Había perdido la noción de la distancia, entretenido entre sus pensamientos. Y además tenía hambre, mucha hambre. Se palpó los costados, donde prominentes costillares se hacían resaltar. No había comido nada desde ayer, aunque aquello fue algo de pan y un caldo proveniente de ayudas humanitarias. Suspiró. “Si tuvieran alguna fuente de ingresos al menos, por pequeña que fuera”. Pero el único que podía conseguirlo era su padre. Y él ya no estaba. Ni volvería nunca.

Ya no se acordaba muy bien de su padre, porque ocurrió cuando tenía cinco años. Su madre esperaba al pequeño Samuel, pues todavía podía rememorar el incipiente vientre de su progenitora. Papá, como siempre,

estaba preparado para salir por la maltrecha puerta de su hogar con un harapiento mono de trabajo ceñido al cuerpo, un pico a la espalda y una mirada deprimida en sus ojos. Estaba besando a su madre en la frente, como siempre hacía cuando se despedía, y le acariciaba la cabeza a su pequeño hijo. “Te quiero”, se leía en sus ojos compasivos. Y salió por la puerta, mientras el chico, sin saber lo que se avecinaba, fantaseaba con la llegada de su querido padre, con el abrazo que le daría, con la sonrisa que le dedicaría. Pero ese momento nunca llegó. Y nunca llegaría.

Dos lagrimones volvieron a asomar por sus oscuras mejillas cuando aquellas imágenes irrumpieron en su mente. Pestañeó, intentando limpiar sus ojos, pero la pena le invadía, convirtiéndose en enormes surcos de agua salada sobre su cara. “¿Por qué?”— preguntaba. Pero no sabía cuál era la respuesta.

Aunque durante un tiempo intentó alejar aquellos funestos pensamientos de su mente, no pudo. No era lo suficientemente fuerte para sobrellevar todo lo que le estaba ocurriendo. Lo que le había ocurrido durante toda su vida. La desgracia. La muerte. “¿Qué había hecho para merecer esto?”— imploró por enésima vez, mientras la sonrisa solar se empezaba a elevar en Oriente.

Jadeaba. Sudaba. Moría, pero una parte de su ser le impedía sucumbir ante el esfuerzo. No sentía las piernas, ni los brazos. Ni siquiera el corazón. Sus pies desnudos se deslizaban sobre el impiadoso manto dorado, quemándolos a cada pisada, y el sol, rey de aquel infierno, deshidratava a paso lento pero ininterrumpido la fina y suave piel morena del chiquillo. No podía más. Lo último que vio antes de caer fueron las estrellitas que bailoteaban gráciles sobre sus pupilas. Solo la arena, imperturbable compañera, fue testigo del derrumbamiento de aquel pobre niño.

Cuando abrió los ojos ya estaba su amigo en lo alto del cielo, mirándole con una sonrisa reluciente y quemando su retina. Rápidamente apartó la cara. Todavía no recordaba lo que le había pasado, ni siquiera donde estaba. “Ah, ya”—recordó, desesperanzado. “Ojalá hubiera despertado en otro lugar, en otro mundo. En otra vida, al menos”. No. Debía aceptar la realidad, tenía que enfrentarse a ella. Tenía que imponerse sobre ella. Y, otra vez, suspiró mientras aquellas brillantes perlas revoloteaban alegremente sobre su cara ensuciada de sufrimiento.

Retomó su camino, como tantas otras veces, con la vasija sobre su cabeza y la arena bajo sus pies.

“Vamos, vamos, vamos”, le pedía, no, le suplicaba a su cuerpo. Tenía que hacer un esfuerzo más. Sólo uno más. “Por favor”, rogaba para no desplomarse de nuevo, porque sabía que entonces no volvería a levantarse. Sabía que cada paso le acercaba más a su destino, aunque también que cada movimiento le fatigaba más aún. Sabía que cada vez estaba más cerca de la vida, pero a la vez de la muerte. Sin embargo tenía que conseguirlo, para poder seguir viendo a su familia. A su madre. Otro estallido de emoción conquistó cada neurona de su mente. Si a alguien necesitaba más que a nadie, era a su madre. Porque le cuidaba. Porque le debía todo lo bueno que tenía, porque le debía la vida, el cariño. Porque la quería.

Solo entonces comprendió que lo tenía que conseguir, para poder ver de nuevo la sonrisa de su madre, para poder abrazarla de nuevo. Para poder ser de nuevo feliz. Y, con estos pensamientos, con estos sentimientos, retomó con, si cabe, más energía la ruta hacia lo más parecido al paraíso en aquellas tierras lejanas y polvorientas.

Ya estaba. Lo podía ver. Al fin, su ruta terminaba. Al fin, sabía que podrían volver a ver de nuevo la luz del día. Aquel tesoro era su salvación, aquel tesoro era su vida. Y allí estaba, un sueño disfrazado con ropajes metálicos en forma de pozo. Por primera vez en su viaje, lloró de felicidad. Se imaginaba ya a su hermanito, saltando de alegría a sus pies; a su madre, abrazándolo de nuevo y besándole la frente. Se imaginaba lo bueno que tenía vivir, las razones por las que seguir adelante. Comprendió que solo con sentirse amado se sentía el niño más afortunado. De nuevo volvió a sentir que su vida tenía sentido.

Corrió. Corrió hacia su meta, hacia su destino. Pronto obtendría su recompensa. Cuatro horas de camino, nueve kilómetros, once mil pasos. Todo, para conseguir agua. Fue entonces cuando abrió el grifo, esperó aquel momento soñado, aquel segundo imposible. Y esperó.

No ocurrió nada. “No, no, no”—pensó, destrozado— “No puede ser”. No había agua. No había nada. No había vida. No se lo podía creer. Todo el camino, todo el cansancio, todo el sufrimiento. Para nada. Le habían robado la vida, a su hermano, a su madre. “¿Por qué?”, inquirió. Pero no había nada que hacer. Finalmente, miró hacia el infinito. Arena.

Solo arena. Sus huellas aún estaban recientes sobre ella. Ya no había nada que hacer. No volvería a ver la luz del día.

Al fin, cerró los ojos, exhaló un último suspiro y recordó las últimas palabras de su madre:

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Me querrás para siempre?

—Para siempre, mamá. Para siempre.